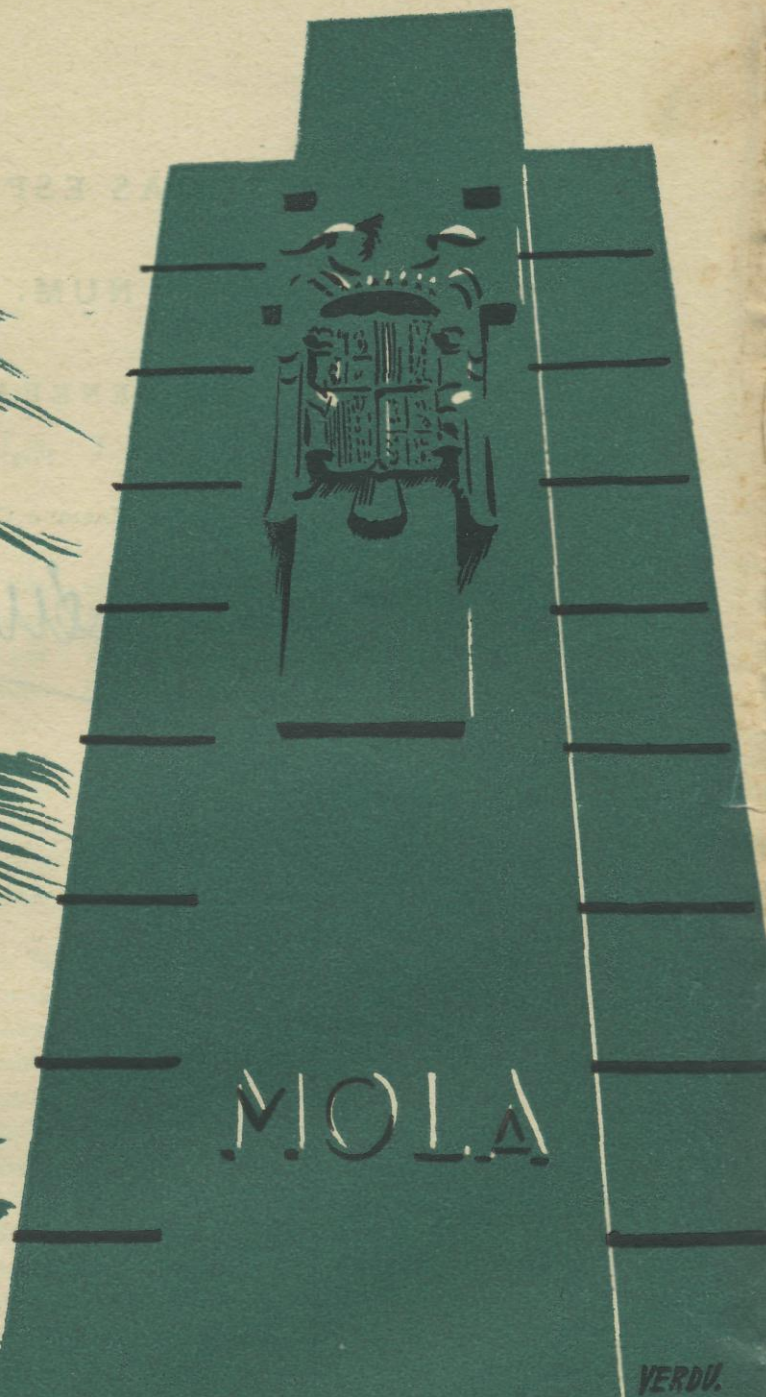


TEMAS ESPAÑÓLES



2
Pts.

El General MOLA

NACE UN ESPAÑOL

Nació español Mola. Español, no sólo por nacer en un hermoso pedazo de tierra española, lejana de la metrópoli, sino por su alma enfervorizada de españolismo. Llevaba a España en el corazón, y por ello amaba, sentía y respiraba tan hondamente en español. Hasta su muerte heroica, de fiel cumplidor con el deber, fué la muerte de un español; de un español que va donde tiene que ir por encima de todo, con desafío de peligros y de temores.

Nació el día 9 de julio de 1887 en la pequeña población de Placetas, provincia de Santa Clara, en la isla de Cuba. Era, pues, aquella tierra España todavía cuando por primera vez abrió los ojos a la luz el niño Emilio Mola Vidal, que, andando el tiempo, había de ser el laureado general Mola.

Hijo de un oficial de la Guardia Civil, de familia de militares, Mola sintió la llamada de su estirpe, y vió colmados sus deseos al ingresar en la Academia de Infantería el 28 de agosto de 1904. En la Academia se acusó bien pronto su temperamento esencialmente militar, enamorado de la disciplina.

Salió de la Academia para incorporarse

al regimiento de Bailén, y poco después pasaba al de Melilla, 59 de línea, que en Africa luchaba en primera línea por aquel entonces, en la acción militar emprendida a partir de los sucesos desarrollados en julio de 1909, en las mismas puertas de Melilla.

EL TENIENTE MOLA, EN LAS FUERZAS REGULARES INDIGENAS

Al crear don Dámaso Berenguer las primeras fuerzas Regulares Indígenas, el teniente don Emilio Mola fué uno de sus más eficaces colaboradores. El 1.º de agosto de 1911 veía logrado el teniente Mola su sueño: figuraba en el mando de las nuevas fuerzas, cuya eficacia y grandes servicios para el futuro le hacía adivinar su instinto de buen soldado.

Con la columna del coronel García Gómez asistió primero a las operaciones en la llanura del Zaio, sobre la margen izquierda del Muluya, y ya al frente de una sección de Regulares toma parte en las operaciones contra los Besú Bu Yahi, distinguiéndose notablemente en la ocupación de Buxdar, en noviembre de 1911.

Era por aquel entonces objetivo que preocupaba al Mando el paso del río Kert. Los Regulares, a cuyo frente ya se destacaba la figura del teniente Mola, pasaron a la columna del general Molto. En el mes de mayo había de conseguir la sección del teniente Mola un éxito tan decisivo, que a él se debió, en gran parte, la terminación de aquella guerra, conocida por la del Mizzian, por ser el Morabito Sidi Mohamed el Mizzian el alentador de la resistencia al avance de las armas españolas.

El 15 de mayo, Mola, que operaba en Tauried Hamed y Kaddur, donde el enemigo oponía tenaz resistencia, tuvo un durísimo encuentro con las fuerzas enemigas. En un artículo que publicó, ya de teniente coronel, en la magnífica *Revista de Tropas Coloniales*, que fundó el general Queipo de Llano siendo comandante general de Ceuta, Mola relató aquella memorable acción, en la que él fué gravemente herido en el muslo derecho. Fué un alarde de serenidad y valor el hecho de armas. Las nacientes fuerzas de Regulares, que tan admirablemente empleaba el comandante Berenguer, fueron elevadas por el teniente Mola con pleno acierto. La muerte del cabecilla se debió a la bravura de los soldados del teniente Mola, y el efecto moral que produjo el suceso entre los rifles benefició nuestra causa grandemente.

Por méritos de guerra, habiendo ya derramado su sangre por España, Mola fué ascendido a capitán, pasando al regimiento de Ceriñola. Después combatió en Izhafen, Imarufen o Talusit.

LOS COMBATES EN TETUAN

En 1.º de septiembre de 1913 volvió al grupo de Regulares de Melilla, que operaba en la zona de Tetuán. Tomó parte con el

grupo de fuerzas indígenas que mandaba Berenguer en los célebres combates de Laucien, Izardúy, Río Martín y el Dersa. Así llegó al año 1914, en el que con el ya general Berenguer colaboró en un activísimo período de operaciones en la zona de Tetuán.

Capitán de Regulares, allá, durante las noches azules del Mogreb encantado, el joven Mola soñaba ya su sacrificio. Los «pacos» trazaban en el espacio parábolas de muerte, y el capitán Mola erguía su silueta hasta quedar en pie sobre el parapeto. Jugaba el capitán de los Regulares al «blanco viviente», según su expresión, y si algún compañero le advertía la temeridad del lance, Mola replicaba:

—Las balas son como las cartas. Cuando escriban el sobre de la mía, tendré que recibirla.

En ese desprecio del riesgo se iba formando el gigantesco espíritu de Mola. Fué esta época de capitán de Regulares el período más vivo de la vida militar de Mola, tan heroica y activa. Por los méritos que entonces contrajo fué ascendido a comandante.

MOLA, TENIENTE CORONEL

El comandante Mola, jefe brillantísimo, legítima y fundada esperanza del Arma de Infantería, al paralizarse las operaciones en Africa vino a la Península, con destino al batallón de Cazadores de Alba de Tormes, de guarnición en Barcelona.

En sus libros ha reflejado el general Mola cuán provechosa le fué la estancia en la Ciudad Condal. Allí, en aquel ambiente caldeado por todas las pasiones sociales y políticas, que iban minando los fundamentos del orden, Mola aprendió cuanto necesitó para conocer a fondo los problemas que conmovían a su Patria. Los ocios

de guarnición los dedicó al estudio de problemas políticosociales, capacitándose para los más altos puestos en la gobernación del Estado.

De Barcelona pasó a Madrid como juez de causas en la Capitanía General, y en septiembre de 1919 vuelve a las tropas Regulares, destinándosele para el mando de un tabor del grupo número 3 de Ceuta. Tomó parte en las operaciones de Malalien y Wad Ras y en la conquista del Fondak de Ain Yedide, en 5 de octubre de dicho año. Finalizó éste con las operaciones sobre el Hauz, en Tetuán.

El año 1920, el comandante Mola tomó parte en la ocupación del Alcázar Leguer y se distinguió en las operaciones en la áspera sierra de Beni Hozmar, destacando sobre todo en Kudia Tahar. Luego en Alad Lau y Cobba Darsa, en las operaciones brillantísimas que precedieron a la toma de Xauen, Mola siguió siendo uno de los más estimados jefes de las fuerzas de vanguardia. En el mes de diciembre pasó a Dar Acobba, mandando la columna que tenía aquella posición como base hasta el mes de mayo de 1921, en que a las órdenes del general Sanjurjo operó para tomar Miskrela.

Ascendió a teniente coronel en junio de 1921, destinándosele al regimiento de Andalucía, en Santoña. Llegó a Melilla al ocurrir el desastre al frente del batallón expedicionario, y al ser herido el 11 de septiembre el teniente coronel González Tablas, fué designado para el mando del grupo de Regulares de Ceuta y tomó el mando de la vanguardia de la columna del general Sanjurjo.

Figuró, por consiguiente, en los puestos de mayor peligro, hasta que el día 2 de octubre fué herido en la pierna, cuando el durísimo combate librado para la ocupación de Seb y Uad Dau.

Por segunda vez Mola derramaba su sangre por España. Su comportamiento como jefe de vanguardia de la columna que realizó la reconquista de Guelaya no hizo más que confirmar su ya sólido prestigio. Mola, teniente coronel, era gloria del Arma de Infantería.

Hasta el mes de marzo de 1922 no terminó su curación, y al ser dado de alta se le destinó al regimiento de Cantabria, de guarnición en Logroño.

MOLA, AL FRENTE DE LOS REGULARES DE LARACHE

Desempeñó durante el año 1923, ya bajo el Directorio, varias comisiones burocráticas en la provincia de Logroño, y al producirse, en el verano de 1924, los sucesos que encendieron la guerra en la zona occidental de nuestro Protectorado, solicitó destino en Marruecos y se le nombró, en 28 de julio, jefe de la mehalla jalifiana de Xauen, mandando la vanguardia del general Serrano. Seguidamente se le destinó para el mando de los Regulares de Larache, y agravada la situación en la zona de Xauen, surgió el glorioso episodio de Dar Acobba, uno de los más sobresalientes de nuestra larga y gloriosa acción en Africa. En la defensa de Dar Acobba, donde resistió penosísimo asedio, y en la reacción ofensiva de Xeruta, donde ganó la Medalla Militar, el jefe de los Regulares de Larache demostró las más altas virtudes militares. Terminado el asedio de Dar Acobba que precisó la cooperación de las columnas de Castro Girona y Serrano, Mola embarcó en Ceuta, dirigiéndose al puerto de Arcila, para tomar parte en la liberación de las posiciones del sector de Beni Arós, que se hallaban asediadas y en peligro de sucumbir.

LA CAMPAÑA DE ALHUCEMAS

Regresó el teniente coronel Mola a la Península, continuando los estudios de cuestiones militares, políticas y sociales, a las que tanta afición tuvo siempre, y aunque no tuvo la fortuna de obtener mando en el desembarco de nuestras fuerzas en Alhucemas, ascendió a coronel el 3 de febrero de 1926, con antigüedad de octubre de 1925. Pasaba, como coronel del regimiento de Melilla, a tomar parte en la ocupación de Axdir, mandando la columna de la izquierda, a las órdenes del general Castro Girona.

El día 30 de mayo de aquel año, después de una serie de victoriosos combates, conseguía atravesar el río Guil. Cooperó, ya en límites con la zona francesa, a la acción de las armas de nuestros vecinos y mereció que los generales franceses le felicitaran. Contribuyó a la pacificación de la cabila de Beni Urriaguel.

Las operaciones de Ketama, realizadas en los meses de marzo y abril de 1927, pusieron a prueba el valor y la pericia del coronel Mola. Tanto su columna como la del coronel Soláns pasaron por una gravísima situación, hallándose bloqueadas por la nieve y acometidas por fuertes contingentes. Gracias a la aviación pudieron resistir al enemigo, pero los hombres de Mola pasaron por durísima prueba. Con la ocupación, por la columna de Mola, de la cabila de Tagsut, terminó victoriosamente nuestra acción en Marruecos. En la orden general del Ejército, el entonces jefe de nuestras fuerzas en Africa, general Sanjurjo, encomió con frases acertadísimas y justas la gran figura militar del general Mola.

MOLA, GENERAL

En octubre de 1927 ascendió a general de brigada el coronel Mola por los méritos contraídos en el período de operaciones

comprendido de 1.º de octubre de 1925 a 30 de septiembre de 1926. Pasó seguidamente a la Comandancia General de Larache, y en febrero de 1930 fué designado por el general Berenguer para ocupar la Dirección General de Seguridad, en cuyo cargo, al que fué por lealtad el ilustre soldado, se comportó como hombre de honor y rectitud intachables, como veremos a continuación.

MOLA, DIRECTOR GENERAL DE SEGURIDAD

El inolvidable y llorado patricio que fué el general don Miguel Primo de Rivera hubo de abandonar el Poder por la fuerza de una coyuntura histórica. Entonces fué sustituido por el general Dámaso Berenguer, cuyo programa de Gobierno era volver, por cortas etapas, a la *normalidad constitucional...*, que había de desembocar en la catástrofe republicana del 14 de abril de 1931. Es decir, que con tal *normalidad* se abrían de par en par las puertas de nuestra Patria a aquel alucinante cortejo de crímenes, incendios de iglesias y conventos, saqueos, atentados, huelgas, motines, desórdenes, caos, fango, lágrimas, sangre..., antesala siniestra del comunismo, que pronto había de asolar a España.

Ante esa avalancha monstruosa que se avecinaba, que se veía venir con el trágico galopar de los cuatro jinetes del Apocalipsis, una de las primeras resoluciones que tomó el general Dámaso Berenguer, en cuanto fué encargado del Poder por el rey Don Alfonso XIII, a fines de enero de 1930, fué llamar a Madrid al general Mola, que, como siempre, en su gloriosa vida militar, se encontraba en Marruecos, donde forjó su historia ejemplar de gran soldado. Le llamaba con urgencia el conde de Xauen

orque en el general Mola depositaba su máxima confianza en aquellos momentos en que empezaba a descargar horrisona tormenta político-social: Mola iba a ponerse al frente de la Dirección General de Seguridad.

MOLA RECIBE LA ORDEN

En los primeros días del mes de febrero, cuando todavía era tema de todos los comentarios la caída del Gobierno del general Primo de Rivera y los periódicos eran leídos con avidez en busca de los nombres de los personajes designados para desempeñar los altos cargos, una tarde, ya anochecido, entró en el despacho de Mola el jefe de Estado Mayor, comandante Pedemonte, y le entregó un telegrama cifrado, que tenía el siguiente encabezamiento: «Presidente del Consejo de Ministros a general Mola, jefe de la Circunscripción de Larache.—Descifre V. E. personalmente...» El comandante Pedemonte le traía también la clave. Mas como entre ellos no hubo jamás secretos, le rogó el general que se sentase a la mesa, y ambos se pudieron a descifrar el texto del despacho, que era breve. Se le decía que en fecha próxima cesaría en el cargo de director de Seguridad el general Bazán, y que tanto el ministro de la Gobernación como el jefe del Gobierno estimaban que él, Mola, reunía condiciones para desempeñarlo, por lo que le rogaban lo aceptase. A ambos les causó tal sorpresa el inesperado ofrecimiento, que tanto Pedemonte como Mola permanecieron un buen rato dándole vueltas el uno a la clave y el otro al telegrama, sin hacer el menor comentario, hasta que, por fin, aquél rompió el silencio con esta observación:

—No sabe usted bien, mi general, el disgusto tan grande que me proporciona la distinción de que le hace objeto el nuevo

Gobierno. Pues, claro está, que no le queda otro remedio que aceptar.

—¿Por qué?—le preguntó con vivacidad Mola, un tanto sorprendido por la afirmación categórica.

—¡Oh!, porque los honores, y sobre todo cuando, como en este caso, representan un sacrificio, no son renunciables—le repuso, con la entereza que era peculiar de su carácter, el jefe de Estado Mayor.

Comprendió en seguida que le sobraba la razón. Sin embargo, le producía a Mola tal contrariedad abandonar Larache, que quiso buscar un pretexto para una contestación negativa, y que no halló. Así fué Mola director general de Seguridad. De su actuación dan fe los volúmenes de su obra de Memorias publicados, y en las cuales Mola ha dejado no solamente la referencia interesantísima y puntual de todo un período triste y dramático de la vida española, sino también un tratado acerca de lo que debe ser la autoridad en un puesto como el de director general de Seguridad.

Esta autoridad nacía en Mola en su conducta íntegra y ejemplar, que se traducía en una austeridad para la cual todos los adjetivos nos parecen escasos. Poseía también Mola para el ejercicio de aquel cargo un extraordinario don de psicólogo. Era un hombre rectilíneo, áspero y seco, si se quiere, en ocasiones; pero insobornable a todo lo que no fuese un imperativo de la limpieza moral y del deber estricto.

En la Dirección General de Seguridad nadie se había ocupado, hasta que Mola llegó, de una investigación a fondo acerca de los manejos, en aquellos momentos trascendentales, de las sectas masónicas y del judaísmo internacional, con tentáculos en Madrid y en toda España. Mola realizó esa labor con extraordinario celo en la pesquisa y con eficacia sobremanera útil para un Estado y unos Gobiernos que no se hubie-

ran hallado, como se hallaban aquéllos, corroídos por el cáncer de la descomposición política.

REALIDAD DEL COMUNISMO

Una de las razones de la feroz campaña que posteriormente se emprendía contra Mola, a base de calumnias, fué, a su paso por la Dirección General de Seguridad, la labor celosísima de persecución del comunismo y de los manejos bolcheviques en España.

La obra de Mola en esto alcanzó también ápices de acierto genial, que hubieran sido utilizados en su inapreciable eficacia por el Estado y el Gobierno de España si no lo hubieran impedido las contaminaciones que la revolución tenía ya con los organismos políticos.

Coincidiendo con la muerte en París del general Primo de Rivera, llegaron hasta Mola noticias poco tranquilizadoras de algunas provincias del Norte: preparación de un atentado, propaganda republicana entre la oficialidad de las guarniciones de Bilbao, San Sebastián y Logroño y, por último, intensificación de la agitación comunista en determinadas zonas obreras.

El atentado no se realizó porque los trabajos preparatorios para su ejecución fracasaron por los motivos siguientes: por las excesivas exigencias económicas de los posibles ejecutores; porque los que se ofrecieron a realizarlo no inspiraban las necesarias garantías de discreción y arrojo, y tercero, porque no se encontró la oportunidad en que la ejecución pudiera haberse llevado a efecto con probabilidades de completo éxito: crimen y huída, asegurados. El entierro del cadáver del marqués de Estella —¡excelente ocasión!—, por lo imprevisto, no dió tiempo a nada.

La víctima que en aquellos momentos más «interesaba» era el general Berenguer, jefe del Gobierno; pero era criterio sustentado por los que formaban parte del complot que se debía realizar la agresión en ocasión que también pudiera «caer» el Rey. El objeto que se perseguía con este doble crimen salta a la vista.

Durante el tiempo que fué director de Seguridad se pretendió en varias ocasiones atentar contra las vidas del Rey y presidente del Consejo, pero, afortunadamente, tuvo conocimiento de los planes con tiempo suficiente para frustrarlos. El periodista Llizo, con lo que él llamó «demostración enérgica e incruenta de protesta», actuó de Providencia, pues determinó el fracaso de un atentado de altos vuelos que se estaba preparando en Barcelona, ya que la Policía redobló su vigilancia.

La confidencia e informes que recibió sobre la intensa propaganda republicana entre la oficialidad de determinadas guarniciones y la agitación comunista que se notaba en Vizcaya y Guipúzcoa, determinaron el viaje, un poco precipitado, que Mola realizó a las capitales de estas provincias durante el mes de marzo.

Salió de Madrid en la noche del 22, acompañado de una persona de su absoluta confianza, que desde Miranda se destacó a Logroño; pues a él, dado lo conocido que era en dicha capital, le hubiera sido imposible realizar personalmente determinadas gestiones, que el comisionado podía efectuar sin inspirar la menor sospecha. Casi a la misma hora que éste llegaba a la capital de la Rioja, lo hacía Mola a la de Vizcaya.

«La amabilidad de don Francisco Cabrera, gobernador de la provincia, ofreciéndole alojamiento en su propio domicilio —dice el mismo general Mola—, me permitió celebrar determinadas conferen-

cias y cambiar impresiones con muy diversos elementos sin despertar recelos ni llamar la atención de los reporteros periodísticos, siempre dispuestos a lanzar el rumor infundado o el juicio atrevido. Y así, hablando con Fulano y con Zutano y comentando con Mengano, pude darme cuenta de que, si embrollada estaba allí la cuestión política con motivo de la constitución de los Ayuntamientos y actitud poco diáfana de determinadas personalidades que a los Gobiernos eran deudores de su situación privilegiada, y hasta del éxito de sus fabulosos negocios, mucho más lo estaba el problema obrero, en que la diversidad de organizaciones sindicales y sus irreductibles antagonismos, mantenían a los trabajadores en constante lucha, lo que imposibilitaba hacer una labor útil de encauzamiento y orientación: únicamente parecían estar de acuerdo para el planteamiento de conflictos de orden público, en lo que siempre allí degeneraban los pleitos sociales. Adquirí también el convencimiento de que los comunistas ejercían un gran influjo entre la masa obrera, al que no podían sustraerse ni aun los elementos de la U. G. T., bien a pesar de Indalecio Prieto —ya dedicado de lleno a la labor de agitación—, que temía que pudiera llegar un día que no le quedasen de sus huestes más que los redactores de *El Liberal*. No obstante el número de militantes comunistas y su actividad revolucionaria, carecían de verdadera organización, tanto es así, que puedo asegurar era escaso el número de «células» constituidas en aquella fecha, que ni cotizaban ni contaban con la adhesión y disciplina, tan necesarias para su acción específica. Comprobé asimismo que se había recibido algún dinero del extranjero, dinero que cayó en manos de los cabezas visibles, los cuales después de dedicar una exigua cantidad a propaganda, aplicaron el resto a comilonas,

en las que, remedando a los odiados burgueses, al final de cada una, entre eructos de chacolí, humo de tagarninas y sorbos de café, se forjaban proyectos y planeaban programas para un porvenir próximo, con ese optimismo que siempre invade a los espíritus meridionales en los horrores de la digestión. ¡Así empezaban, dando ejemplo de honradez y austeridad, los que aspiraban a implantar en España el delicioso régimen que disfrutaban los rusos y que tanto encanta a nuestra juventud seudointelectual!»

También procuró informarse sobre el estado de ánimo de la oficialidad del Ejército, adquiriendo el convencimiento de que no preocupaban entonces, en el medio ambiente militar, los asuntos políticos; tal vez existiese algún jefe, capitán o subalterno que, por despecho u otra causa, simpatizase con el republicanismo, mas si así era, lo mantenía bien callado, y buena prueba de ello es que algunos que se significaron meses después no habían dejado traslucir lo más mínimo sobre sus arraigadas convicciones políticas, ni cabía tan siquiera sospechar de ellos, dada su identificación con el régimen de orden. Pero lo que no le pasó inadvertido fué la enorme cantidad de muchachos de la localidad que servían acogidos a los beneficios de la «cuota militar», que algún día podían constituir serio peligro, porque es preciso no olvidar que allí los hijos de las familias acomodadas eran casi todos «nacionalistas», y los de origen más modesto, o lo eran también, o por pertenecer a la clase trabajadora se hallaban afiliados a algún sindicato, con el que procuraban no perder el enlace durante los contados meses que tenían que prestar servicio en filas.

A las doce, en el automóvil del gobernador, salió para la capital de Guipúzcoa, bajo un respetable aguacero, que le acom-

pañó todo el camino. Durante el viaje hizo memoria de todas las conversaciones que había sostenido, y, como consecuencia de ellas, se afirmó en los juicios expuestos. A la una y media llegaba a San Sebastián.

En el hotel conferenció extensamente con la primera autoridad civil, el señor Santaló, hombre laborioso; luego cambió impresiones con otras personas, persuadiéndose de que la cuestión social se hallaba allí bastante más apaciguada que en Vizcaya, aunque también se dejaban sentir los manejos de los agitadores comunistas. En cuanto a la propaganda republicana entre la oficialidad de la guarnición, algo se había intentado, pero sin resultado; así es que nada había que temer. Aquella noche salió en el expreso para Madrid.

COMO ERA EL PARTIDO COMUNISTA ESPAÑOL

En aquella época, el comunismo, en España, de seguirse las indicaciones de Mola, fácilmente hubiera podido ser atajado, cortando de raíz tan perversa cizaña. El Partido Comunista Español (Sección Española de la Internacional Comunista) empezó a dar señales de existencia tan pronto como el Gobierno del general Berenguer dejó cierta libertad de propaganda. Sus focos principales se encontraban, a primeros de marzo de 1930, en Madrid, Barcelona y Bilbao. En estas capitales, en dicha época, existían algunas células, aunque sin conexión entre sí, debido principalmente a la falta de armonía entre los militantes. Los afiliados de Madrid y Bilbao mantuvieron cierta inteligencia; pero no fué posible se entendieran con los de Barcelona, por separar a unos y otros, además de criterios distintos sobre la forma de actuar, antagonismos personales irreductibles. Así nació

la Federación Catalano-Balear, que se mantuvo al margen del «Partido Oficial».

Durante el año 1930 aparecieron focos de alguna importancia en Vigo, Sevilla, Málaga, Valencia, Asturias y en el sector Lérida-Balaguer-Tárrega. La actuación de los afiliados fué siempre precaria por la falta de elementos capacitados para organizar y la carencia de recursos. Una intervención policial llevada a cabo en Vigo puso a Mola sobre la pista del Comité Ejecutivo del Partido, que residía en Madrid, y le dió a conocer la personalidad de un joven llamado Santos Arévalo, que, convenientemente observado, facilitó la realización de algunos servicios importantes, entre los cuales figura el descubrimiento de la oficina de la calle de Erasó, practicado con habilidad y acierto por personal de la División de Investigación Social. Un capitoste comunista andaluz, con ingenuidad impropia de un hombre de su experiencia, reveló la crítica situación económica de la organización en Sevilla, al punto de que se veía con grandes dificultades para poder pagar una máquina de escribir adquirida a plazos. Este mismo, en una ocasión, vino a Madrid para arbitrar recursos con objeto de fundar un periódico, no siéndole posible reunir las doscientas cincuenta pesetas que consideraba indispensables para lanzar el primer número a la calle. En Málaga, Valencia y Asturias, los militantes eran en número muy reducido, experimentando un crecimiento rápido el efectivo de la primera a principios de 1931. En el sector Lérida-Balaguer-Tárrega se practicó una detenida investigación por funcionarios de la Jefatura Superior de Policía de Barcelona, que proporcionaron datos muy interesantes y el convencimiento de la falta de cohesión entre las células. La situación económica de Joaquín Maurín y Andrés Nin, residentes en Barcelona,

no era tampoco buena, y eso que con artículos de colaboración, folletos y traducciones se defendían mejor que sus compañeros de provincias.

Podríamos hacer un relato detallado de toda la evolución que experimentó, durante el año 1930 y principios del 31 el Partido Comunista Español, la Federación Catalano-Balear y la agrupación denominada de «Oposición»; evolución íntimamente relacionada con el viaje a Rusia de Gabriel León Trilla, regreso a España de Joaquín Maurín y Andrés Nin y detención temporal de Bullejos, Arrarás, Roldán y otros, de los cuales el primero de estos últimos permaneció en prisión varios meses, contra la opinión de Mola, por entender que es de más efecto la molestia constante que no la prisión gubernativa prolongada.

Para que el lector se dé cuenta exacta del desconcierto que reinaba entre los comunistas españoles y los escasos recursos de que entonces disponían, basta con los siguientes datos, entresacados del archivo particular de Mola, lo que revela cómo se iba preparando el general para cortar de raíz el comunismo.

En febrero de 1931 existían en Madrid un escaso número de individuos afiliados oficialmente al comunismo, representando tres tendencias distintas: «stalinistas», Bullejos, Arroyo y otros; «centristas», un reducido núcleo capitaneado por García Palacios, y otro de «trotskistas», por Andrade; los del primer grupo publicaban el periódico *Mundo Obrero*, el más importante de los tirados en España. En Valencia, donde escasamente se podrían contar veinticuatro afiliados, existían dos grupos: «stalinista» y el «trotskista», que no cesaban de atacarse; en ninguno de ellos podrían encontrarse individuos capacitados para organizar y dirigir. En Barcelona había: los comunistas catalanes, que nunca

quisieron someterse a la dirección del Comité Ejecutivo del Partido Oficial y, por tanto, se hallaban fuera de la Internacional Comunista, sector representado por Víctor Colomer, Arquer y varios más, que publicaban el periódico *Treball* («Trabajo»); frente a los que acabo de citar estaban Arlandís, Masmano y Maurín, que si no pertenecían a la oposición (trotskismo), tampoco se llevaban bien con Bullejos, Arroyo y compañía; Arlandís dirigía *La Batalla*, portavoz de la Federación Catalano-Balear. En el Norte, Henry (García Lavid) quiso imponerse para evitar el desconcierto, pero no pudo realizar sus propósitos por haber sido detenido. En Asturias actuaba, con bastante mala fortuna, Laredo Aparicio, también «trotskista». En Sevilla, dentro del partido oficial, aun cuando con cierta autonomía, Adame Misa, Manuel Roldán y algunos más constituyeron, con el nombre de Comité de reconstrucción de la C. N. T. revolucionaria, una entidad con afiliados a la Confederación Nacional del Trabajo, pero militantes en el comunismo. Con lo expuesto hay lo suficiente para formar juicio de la desorganización y cómo con un Gobierno enérgico y de esencia española se hubiera podido salvar España de caer esclavizada en poder del Kremlin.

De los libros, correspondencia y documentos intervenidos al practicar un registro, el día 17 de noviembre de 1930, en la oficina del Comité Ejecutivo del Partido Comunista Español, se hizo un detenido estudio, redactándose un detallado informe.

ACCION ANTICOMUNISTA DE MOLA

Mes y medio después de haberse hecho cargo Mola de la Dirección General de Seguridad, presentó al Gobierno una *Memo-*

ria para una acción decididamente anticomunista. De ella son los siguientes párrafos:

«Por el carácter especial del comunismo, que hace fácil presa en las clases sociales inferiores y se propaga con rapidez y violencia, es preciso cerrarle el paso con organizaciones especiales que se dediquen no sólo a la propaganda anticomunista y a dificultar el aumento de afiliados, sino también al estudio de cerca de todas las «células» que ya existan y que conviene vigilar con atención, ejerciendo una acción investigadora sobre sus actividades. Esta campaña no puede, ni conviene, iniciarse de momento con gran amplitud, pues quizá fuera contraproducente, sino emprenderla primeramente sólo en los sectores que de momento sean más interesantes, para luego, siguiendo la misma táctica comunista, ir extendiendo la acción por un procedimiento de filtración insensible.

Estas consideraciones me inducen a proponer el siguiente esquema de organización, cuyo centro principal debe radicar en la Dirección General de Seguridad:

1.º Sección de Investigación Comunista.—Formará parte de la Dirección de Investigación Social de la Dirección General de Seguridad. Su misión será la de investigar, vigilar y facilitar datos, archivar fichas y antecedentes, mantener relaciones por medio del director general de Seguridad con las Embajadas, Secretariado Español de L'Entente Internationale contra la III Internationale, Oficinas de Investigación comunista del Ejército y de la Marina, Oficina Informativa del Ministerio de Justicia y con todas las autoridades gubernativas nacionales.

2.º Secretariado Español de L'Entente Internationale contra la III Internationale.—Dependerá de la Presidencia del Consejo de Ministros. Tendrá la misión que

en la actualidad, y, además, la propaganda anticomunista por medio de la prensa, folletos, conferencias y cuantos medios crea necesarios; se entenderá, por mediación del director general de Seguridad, con la Sección de Investigación Comunista, con la que mantendrá intercambio de noticias e informes.

3.º Oficina de Investigación Comunista del Ejército.—Radificará en el Ministerio del Ejército y dependerá directamente del subsecretario del mismo. Su misión será la de relacionar todos los Cuerpos y dependencias del Ejército con la Dirección General de Seguridad, la que le remitirá todos los datos que tenga de individuos comunistas que prestan servicio en el mismo y hacer que sea efectiva la vigilancia sobre los militantes dentro de los organismos militares.

4.º Oficina de Investigación Comunista de la Marina.—Radificará en el Ministerio de Marina y tendrá igual misión y forma de relacionarse que la anterior.

5.º Oficina Informativa del Ministerio de Justicia.—Funcionará en el Ministerio de este nombre. Su misión: la de informar a la Dirección General de Seguridad de todos los individuos procesados o penados que tengan antecedentes comunistas, así como facilitar cuantos datos se consideren importantes con relación al comunismo que puedan aparecer en los procedimientos de todas clases que se incoen por los funcionarios dependientes del referido Ministerio.»

Pocos días después se ponía en práctica el plan propuesto, nombrándose una Junta integrada por un representante de cada uno de los Ministerios del Ejército, Marina y Justicia, otro del Secretariado, el jefe de la División de Investigación Social, como secretario, y Mola como presidente; esta Junta se la designó con el nombre

de Junta Central contra el Comuismo (J. C. C. C.). Todo lo que afectaba a la campaña anticomunista, y especialmente a los acuerdos de la J. C. C. C., se llevaban con absoluta reserva, al punto que eran contados los funcionarios de los Ministerios, y aun de la misma Dirección de Seguridad, que conocían su existencia.

No obstante, el interés que por la referida Junta se puso para que el órgano respondiese a la función, es evidente que, por no apreciarse el peligro inmediato, no se llevaron los trabajos en los distintos Departamentos con el celo que hubiera sido de desear, salvo en Marina y en la oficina del Secretariado Español de L'Entente, en que su jefe desarrolló una meritísima labor, que fué débilmente secundada por muchos elementos. No obstante se hizo casi imposible completar el plan de propaganda, que consistía en dedicar los beneficios que se obtuviesen por suscripciones al *Boletín* a la divulgación gratuita de libros, folletos y artículos anticomunistas.

Durante todo el año de 1930 dedicó la Policía, especialmente en Madrid, Barcelona y Bilbao, una gran actividad a todo lo relacionado con el comunismo, prestándose muy señalados servicios. También tuvo Mola la fortuna de hacerse con unos cuantos excelentes «auxiliares», que le tuvieron casi siempre al corriente de la actuación revolucionaria de los principales directivos, que, no obstante sus medidas de prudencia, cayeron en sus manos, por convenir así a la tranquilidad pública.

Como confirmación de lo expuesto, y para que se vea cómo Mola orientaba desde la Dirección General de Seguridad la campaña anticomunista, a continuación insertamos copia de la carta circular que dirigió a los Gobernadores civiles, en 26 de diciembre, y que es en extremo interesante. La carta decía así:

«Mi distinguido amigo: Conocida es de usted la labor que se ha venido realizando para dificultar el desarrollo del Partido Comunista Español, labor que ha dado satisfactorio resultado, pues desde hace algún tiempo puede afirmarse, sin temor a incurrir en error, que en España no existe partido organizado y sí únicamente «militantes»; y, aun cuando éstos invaden todos los sectores sociales, burguesía, intelectualidad y proletariado, lo cierto es que no constituyen, hoy por hoy, serio peligro por su falta de orientación y dirección. Tal estado de cosas es preciso mantenerlo, impidiendo a todo trance una reorganización.

Ahora bien, como después de los lamentables sucesos ocurridos en este mes, que, desgraciadamente, han tenido resonancia mundial, es de esperar que los elementos comunistas, tanto nacionales como extranjeros, crean a nuestra nación campo abonado para la propaganda, es de todo punto necesario ejercer por parte de la autoridad una acción enérgica para evitarla. A tal fin, le encargo muy encarecidamente tenga presentes las instrucciones que han sido aprobadas por el presidente del Consejo de Ministros y ministro de la Gobernación.

Primera. Se ejercerá una estrecha vigilancia sobre todas las personas que se tenga cenocimiento simpaticen con las ideas comunistas, y se estará muy al tanto de sus actividades; se investigará si manejan cantidades superiores a las que sean corrientes en ellos por su situación económica, y relaciones que mantengan, tanto con compatriotas como con extranjeros.

Segunda. Serán objeto de especial atención aquellos individuos que exploten o inicien negocios que no tengan por base un fundamento racional, dentro de las características especiales en que se desenvuelve nuestro comercio.

Tercera. Relacionado directamente con

lo anterior, es de advertir a todos los gobernadores civiles de las provincias del litoral y fronterizas deben ejercer estrecha vigilancia sobre las mercancías importadas, inquiriendo procedencia y destino, pues se ha descubierto recientemente que uno de los procedimientos para remitir dinero es el de efectuarlo en especie, dando orden al consignatario de depositar el importe de la mercancía en cuenta corriente a disposición de determinada persona: tal es el caso del cargamento de madera del vapor noruego «Havmoy», llegado al puerto de Tarragona el 9 del corriente.

Cuarta. Se hará una escrupulosa investigación del género de vida de los súbditos extranjeros, especialmente de los turcos, chinos y rusos, proponiendo la expulsión de todos aquellos que inspiren sospecha o no justifiquen debidamente los motivos de su estancia en España, aun cuando estén debidamente documentados. No debe olvidarse que las mujeres —especialmente las extranjeras de modo de vivir dudoso— son elementos muy empleados como intermediarios en toda propaganda clandestina.

Quinta. Se vigilará asimismo la venta y propaganda de periódicos y revistas comunistas, de los que hoy existe una verdadera invasión. Respecto a las publicaciones de otra índole —novelas, obras filosóficas e históricas, etc.—, ninguna determinación ha de tomar sin previa consulta.

Rogándole la bondad de acusarme recibo de esta carta, para tener la seguridad de que ha llegado a sus manos, queda como siempre de usted atto. y s. s. y buen amigo q. e. s. m., *Emilio Mola.*»

Su gestión no se limitó solamente a informarse, dirigir los trabajos de investigación policial y orientar a las primeras autoridades civiles de las provincias; fué más allá. A primeros de 1931, por iniciativa suya, aprobó el Gobierno que fuese a Gi-

nebra, con objeto de hacer un estudio en los archivos de L'Entente Internationale contra la III Internationale, una Comisión presidida por el juez de primera instancia del distrito de La Latina, don Salvador Alarcón, que muchos señalaban como persona de gran competencia en cuestiones comunistas por haber desempeñado un cargo especial directamente relacionado con ellas durante la Dictadura; el viaje, así como las dietas, fueron costeados con unos pequeños ahorros que, a fuerza de sacrificios, había logrado hacer Mola en el «fondo de reservados» de la Dirección de Seguridad. La dimisión presentada por el Gabinete Berenguer, a la que unió la suya, no aceptada, le obligó a interesar el regreso inmediato del señor Alarcón y sus acompañantes cuando, ya de vuelta, se hallaban en París dedicados a determinadas averiguaciones. Una vez en Madrid dió comienzo a redactar una Memoria; en esta tarea pasaron febrero y casi todo el mes de marzo. A raíz de los sucesos del día 25 de dicho mes, cuando en forma irrevocable volvió a presentar la dimisión y su nombre sonó para sustituirle, se presentó Mola al almirante Aznar, a la sazón jefe del Gobierno, y le entregó la Memoria terminada. Las grandes enseñanzas de este trabajo no pudieron ponerse en práctica por el advenimiento de la República, con lo que los simpatizantes de la Internacional Comunista, hasta entonces mantenidos a raya, se manifestaron públicamente, se organizaron en partido, cotizaron, hicieron propaganda y crearon su diario, *Mundo Obrero*, que emprendió toda suerte de feroces campañas.

MAL FUNCIONAMIENTO DEL SERVICIO SECRETO

Cuando Mola se hizo cargo de la Dirección General de Seguridad se encontró con

que el *Servicio Secreto*, resorte tan delicado y de tremendas consecuencias, funcionaba pésimamente, al punto de resultar casi ineficaz. La lista de confidentes que allí había era una relación de individuos de escaso rendimiento o de dudosa lealtad. Así, Mola tuvo que empezar por montar todo el aparato policial del *Servicio Secreto*. De la habilidad —del empeño— con que Mola montó el «aparato» bastará decir que de él formaban parte elementos de todas clases sociales: personas de carrera, funcionarios, ateneístas, estudiantes, obreros, periodistas, súbditos extranjeros, etc., etcétera. Sería obvio decir que estaban elegidos de entre la más variada ideología: republicanos, anarquistas, sindicalistas, anarcosindicalistas, comunistas, gentes de derechas... En Barcelona montó Mola un grupo dedicado exclusivamente a investigar los complots para ejecución de atentados políticos, que actuó con gran acierto.

Los confidentes dependientes directamente de la Dirección General de Seguridad se entendían con los funcionarios que designaba el jefe de la División de Investigación Social. Las entrevistas importantes las celebraba Mola durante paseos en automóvil o en una habitación reservada, de que disponía en determinado edificio. En su despacho oficial, muy raras veces. Esos paseos jamás los daba por el mismo sitio, y como norma general, para evitar explicaciones por teléfono, se reunía con el confidente en el mismo sitio en que se había separado la vez anterior: la glorieta de Atocha, la plaza de Oriente, la de Manuel Becerra y la de Colón fueron los lugares que con más frecuencia utilizó.

Lo más delicado de las relaciones con los auxiliares era la correspondencia. Para entenderse con los ausentes usaba del telégrafo y del correo; nunca del teléfono. Los comunicados telegráficos se redactaban con

arreglo a una clave de palabras convenidas y daban la sensación de telegramas familiares; los de índole comercial hubieran sido sospechosos, y más todavía dirigidos a su nombre. Las informaciones escritas que se confiaban a Correos se remitían a nombre de persona de su absoluta confianza; por excepción se las enviaban a él directamente. Los apellidos y noticias de gran trascendencia se daban siempre cifrados. Las claves eran distintas para cada uno, y tenía Mola la paciencia de componerlas él mismo; solían ser mixtas de palabras y números. Cuando el confidente temía que pudiera serle descubierta la clave, se recurría a otro sistema, como, por ejemplo, el de la escritura correlativa y numerada de varios nombres que le fueran familiares; con este procedimiento no había necesidad de llevar en la cartera papeles comprometedores y era muy práctico para los que operaban dentro de las cárceles. Desde luego hubiera sido absurdo utilizarlo en investigaciones acerca de las actividades de los detenidos políticos.

Todas las dificultades que la Policía tenía para la intervención de la correspondencia, tanto telegráfica como postal —que lo prohibían la Constitución y las órdenes terminantes del Gobierno—, se convertían en facilidades para los enemigos del régimen, y muy especialmente cuando se trataba de determinadas organizaciones obreras. En Barcelona, el presidente de un Sindicato quiso probar a Mola que él podía detener y entregar, en un plazo de cuarenta y ocho horas, un sobre dirigido a nombre del director general de Seguridad, sobre que el mismo Mola depositaría en el buzón de Correos. No quiso hacer la experiencia Mola, pero comprobó más tarde algo extraordinario: un telegrama cifrado que el general Despujol, en funciones de gobernador civil, dirigió al ministro de la Gobernación, que

a la sazón lo era el general Marzo, apareció publicado —descifrado, desde luego— en *Solidaridad Obrera*, portavoz, como se sabe, de la C. N. T. Con posterioridad a este hecho, tuvo la sospecha de que también habían sido conocidos algunos textos de otros cruzados entre el coronel Toribio y él. Un cifrado de Mola, en que se disponía la detención de varias personas en Barcelona, llegó antes a conocimiento de algunas de éstas que a quien debía cumplimentar la orden, y, como era lógico, el servicio sólo pudo practicarse a medias. Por estos motivos fueron cambiadas las claves «General de Policía» y «Gobernación», no obstante lo cual, a los pocos días tuvo pruebas evidentes de que la segunda estaba ya en poder de determinados elementos.

Pero aún había más, mucho más. Dentro de la misma Policía tenía funcionarios cuya lealtad dejaba mucho que desear. La propaganda contra el régimen monárquico había socavado los cimientos de organismos que siempre habían permanecido fieles a las instituciones y al margen de todas las luchas políticas. La Policía no era una excepción. En Bilbao, varios funcionarios, entre ellos un inspector, estaban de acuerdo con los revolucionarios; Indalecio Prieto pudo escapar porque tuvo conocimiento de que iba a ser detenido, y los agentes encargados de su vigilancia le facilitaron la fuga. En Jaca, la pasividad de los policías, que no se enteraron o no quisieron enterarse de las reuniones que precedieron al complot capitaneado por Fermín Galán, permitió que la rebelión pudiera estallar; uno de los agentes, el mismo día 12, se estuvo exhibiendo por la ciudad con la pistola sujeta con un cinto por encima del abrigo. En Barcelona ocurrieron cosas pintorescas. Así, en la redacción de *Solidaridad Obrera* se leía la Memoria-Resumen mensual que se enviaba a la Jefatura Su-

perior de Policía, y hasta tuvieron la osadía de publicar trabajos insertos en ella. Algo parecido ocurría en otras provincias respecto al mismo asunto.

En el personal de la Dirección General de Seguridad, y aun en el residente en Madrid, perteneciente a las Comisaría, pudo comprobar faltas de discreción y fidelidad. En esas condiciones, el cargo de director resultaba en extremo desagradable, pues lo menos que cabía exigir era lealtad. Mola tuvo siempre el alto orgullo de haber procedido como un hombre de honor. ¿Pueden afirmar lo mismo de sí todos los que fueron sus subordinados? Sobre esto, dice: «Quiero hacer un comentario que envuelve un desinteresado consejo y una censura por las persecuciones de que fueron objeto algunos funcionarios al advenimiento de la República: Los leales, los dignos y los honrados de entonces —que fueron muchos— es seguro que lo sigan siendo o lo hubieran sido siempre; en cambio, los que traicionaron una vez a sus jefes, seguramente volverán a las andadas.»

Un día que Mola relataba a un amigo estas cosas y otras todavía más sabrosas, le preguntó éste con cierta curiosidad:

—Y dime, ¿le guardas rencor?

—No —le repuso—. ¿Para qué? En el orden moral he dicho siempre que todavía hay castas. Allí cada cual con su conciencia.»

CAMPAÑA CONTRA MOLA

Digamos que sobre los muchos títulos que tiene Mola para gloria de su recordación culmina la campaña de calumnias que antes del 14 de abril de 1931 se desató contra el general, como piedra angular de la República en gestación. Esta campaña se levantó sobre la conducta observada



El general Mola



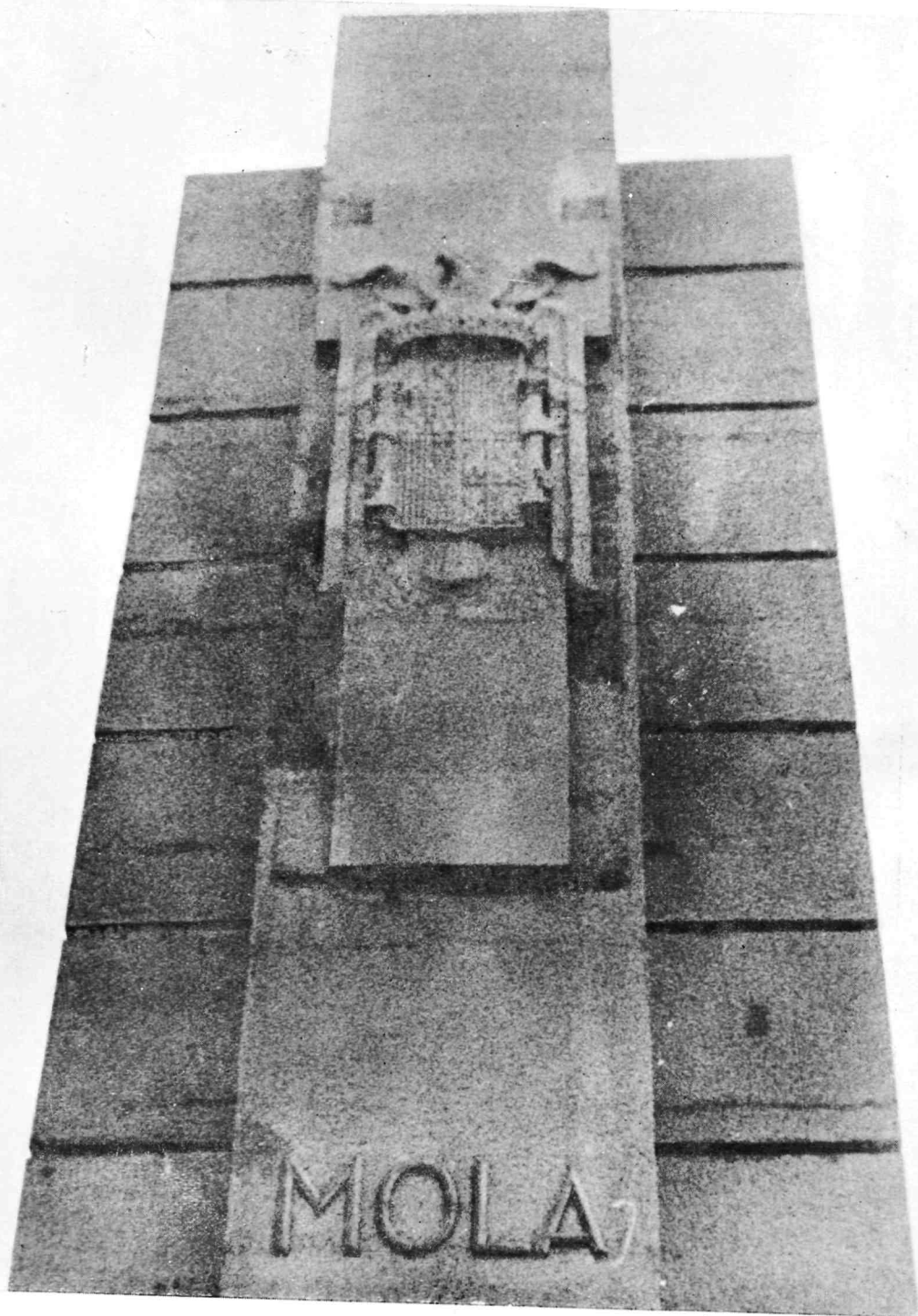
Desde un puesto avanzado Mola observa por el telémetro las trincheras enemigas

Mola llega a uno de los cuarteles para revistar las fuerzas





Franco y Mola por las calles de Burgos



Frente del monumento a Mola, elevado en el campo castellano, en el mismo lugar donde cayó su aparato

por Mola frente a los disturbios que, con pretexto de cuestiones escolares, provocaron los republicanos y comunistas, que alteraban el orden y producían pánico en las calles de Madrid.

La famosa «represión» en el Hospital y en la Facultad de Medicina de San Carlos no fué sino digna respuesta de la Guardia civil a la agresión criminal y alevosa de que era víctima desde las azoteas de aquellos edificios, más que por los estudiantes, por los elementos comunistoides que se habían infiltrado entre ellos.

El pretexto fué haber impedido la Policía una manifestación estudiantil a favor de la amnistía. Al día siguiente, 25, no obstante el cierre de la Facultad, logran penetrar en San Carlos y, una vez dentro, se amotinan, asistidos por elementos siempre dispuestos a fomentar alborotos. Se sitúan en las terrazas del edificio y, cubierta la faz con un pañuelo, a lo «gangster», enarbolaban una bandera roja. Y al amparo de este pabellón y de aquellas simulaciones, atacan a la fuerza pública, la cual, como ha recibido orden de Mola de mantenerse a la defensiva, opera con gran cuidado y prudencia, a fin de no herir, y ni siquiera lastimar, a sus agresores, pues Mola tenía que evitar por todos los medios más conflictos al Gobierno, que, por su flaqueza o contemporización, se veía abrumado y arrollado por los acontecimientos que se precipitaban como río desbordado y devastador.

El hecho es que con la pasividad, la situación de las fuerzas era a cada momento más insostenible. De lo alto de la Facultad caen piedras, ladrillos, tejas, al tiempo que otros grupos aleccionados se congregan en la calle de Atocha, con el propósito de envolver a los agentes de la autoridad. Uno de los retenes es atacado y los policías tienen que refugiarse en la famosa posa-

da de San Blas, enfrente de San Carlos. Los revolucionarios intentan asaltar el mesón, y la Guardia civil se dirige a auxiliar a los sitiados. La lucha se encona, corriéndose hasta la glorieta de Atocha, de un lado, y hacia arriba llega a la plaza de Antón Martín. Los tiros suenan por doquier. La fuerza pública se ve forzada a repeler la agresión. El balance final es un guardia civil y un paisano muertos y diecisiete heridos.

Pero en aquel clima que se respiraba de cobardía y vejaciones, de vacilaciones, las autoridades académicas, que en el primer momento exhortaron la prudencia a los revoltosos, acabaron por hacer causa común con los revolucionarios. ¡Con los estudiantes pidieron la destitución de Mola de la Dirección General de Seguridad! La Junta de Gobierno de la Universidad Central, presidida por el rector dimisionario; la Casa del Pueblo y el Colegio de Médicos protestan contra la actuación de la fuerza pública.

Es como un toque de atención para iniciar la violenta campaña contra Mola. La Junta de Gobierno de la Universidad acuerda solicitar del Gobierno que destituya al general Mola por considerarle el principal responsable a lo ocurrido; denunciar ante el fiscal los atropellos cometidos por la fuerza pública y advertir que, si no se da satisfacción inmediata a las anteriores demandas, la Junta de Gobierno renunciará a sus funciones. Por su parte, la F. U. E. publica una nota en la que anunció que «la normalidad académica no será restablecida hasta tanto no sean destituidos y procesados el director de Seguridad, general Mola, y los jefes que mandaban las fuerzas agresoras y sea autorizada la manifestación pro amnistía.»

También la Casa del Pueblo lanza un comunicado, en el que promete «seguir con

la máxima atención el curso de los acontecimientos para precisar consultas a las organizaciones, intervenir en el momento y en forma que pueden resultar más convenientes».

Vemos, pues, que el mítico «fuero universitario» es utilizado una vez más para proteger la indisciplina y lo peor de la vida universitaria. En Valencia, en Barcelona, en Sevilla, en Salamanca y en otras Universidades se producen alborotos estudiantiles de menor cuantía, y los heridos de aquellos días se atraviesan en el camino del Gobierno para dificultar su marcha, cada día más recelosa y, con razón, desconfiada.

Las elecciones del 12 de abril de 1931 darán al traste con todo. Habían sonado las últimas horas de la Monarquía, y con ellas se desembocaba a una sangrienta situación, anárquica, que en vano Mola había querido contener desde la Dirección General de Seguridad. El Gobierno, más que desanimado está sin alientos. Se quiere llegar a una tregua con el Comité Revolucionario, aparentemente triunfante en las elecciones —ofuscación y un clima de cobardía—. El Rey no quiere derramamiento de sangre y envía al duque de Maura para un tanteo cerca de los jefes revolucionarios. Estos, más intransigentes que nunca, se hallan reunidos en el domicilio de Alcalá Zamora, en discusión sobre cómo habían de incautarse de aquella descomunada presa que se les venía a la mano antes y mejor de lo que esperaban.

La noche del día siguiente —13 de abril— fué dramática. Cumpliendo las instrucciones recibidas de organizaciones obreras, Casa del Pueblo y demás centros izquierdistas, las gentes se echaron a la calle. Se rumoreaba ya que el Rey se marchaba. Hacia las once de la noche, la aglomeración invadía la calle de Alcalá y Puerta

del Sol. El general Mola concibió fundados temores de que se pretendiera organizar alguna manifestación frente al Palacio Real y abandonó el teatro Infanta Isabel, donde se encontraba. Ya en la Dirección General de Seguridad, ordenó que los retenes existentes en el Ministerio de la Gobernación impidiesen el paso a los manifestantes hacia las calles Mayor y Arrenal, pues hasta entonces el jefe superior de la Guardia civil, por desorientación, no se había enfrentado con los manifestantes. Vino, como era lógico, la colisión, cuyo alcance fué aumentando por la febrilidad de los unos y la mala fe de los otros. Se llegó a decir que se había asaltado la propia casa de Mola.

MOLA VE CLARO

El día siguiente, 14 de abril, amanece cargado de electricidad. La bandera tricolor de la República empieza a ondear por pueblos y ciudades de España... La Dirección General de Seguridad se encuentra con que sus comunicaciones telefónicas y telegráficas con San Sebastián y otras provincias están interrumpidas. El Ayuntamiento de Eibar ha proclamado la República por su cuenta.

Cuando el general Mola comunicó estas noticias a su jefe inmediato, el ministro de la Gobernación, conservaba aún éste la esperanza de que aquellos sucesos resultarían un episodio sin importancia. La tranquilidad aparente que reinaba en aquella hora en Madrid influía en su espíritu más de lo que era de esperar en quien había presenciado, bajo sus balcones, los tumultos de la noche anterior. El marqués de Hoyos había olvidado que Madrid es una ciudad de noctámbulos, y que estas gentes, aun en plena revolución, necesitaban dormir.

Mola intentó volverle a la realidad y disipar sus ilusiones, para no hacer a toda España víctimas de ellos, por excesiva e inconsciente confianza. La entrevista, contada por el propio general, fué así:

—Creo —dijo Mola al ministro— que el batacazo es inevitable. ¿Se han cometido tantos errores...! ¿Qué medidas tomaron ustedes en el Consejo? ¿Acordaron declarar el estado de guerra?

—¿Pero tan grave considera usted la situación?—le preguntó el ministro a Mola, ansioso de una respuesta que envolviera algo de optimismo.

—Grave, no; gravísima—le contestó con firmeza el general.

En efecto, aquel Gobierno —el último Gobierno de la Monarquía, que presidiera el almirante Aznar— ya no pudo hacer más que entregar el Poder... Pero aquella entrega de los destinos de España al conglomerado republicano-socialista, aquel 14 de abril, representaba el comienzo de una era de catástrofes y de crímenes. Da fe tal iniciación republicana de la actitud y la conducta observadas hasta el último minuto por el general Mola en su sillón de director general de Seguridad. Allí se hallaba solo, sin autoridades superiores en quienes poder confiar, defendiendo hasta el último instante, como capitán de un barco que se hunde, la nave bien amada: España.

Durante año y medio la estuvo defendiendo heroicamente, sin medios coercitivos, como hemos visto, sin fuerza pública. La guardia de Asalto fué concebida y planeada por él; pero, de un lado, el expediente y la siesta de la burocracia desmoralizada, y de otro, la política apática —no operante— retrasaron la ejecución de la obra, que luego realizó la República para sus fines.

MOLA, EN PRISION

Desde el sillón de la Dirección General de Seguridad —después de algunos días de refugio en sitios escondidos de Madrid—, Mola, a quien la turba inmundada del 14 de abril aborrecía e infamaba, azuzada por la prensa roja, y pedía su cabeza en plena borrachera, fué detenido y trasladado a Prisiones Militares. Allí quedó, en la compañía inseparable y leal del general Dámaso Berenguer, su jefe y amigo entrañable, que con él, en las filas gloriosas de los Regulares, había hecho una buena parte de la guerra de Marruecos. Uno que compartió con él aquellos días amargos escribió:

«Recordamos al general Mola recorriendo a grandes pasos, como él solía, las estancias destartadas e inhóspitas del viejo cuartelón del Rosario, que servía de Prisiones Militares. Allí le recordamos dinámico, activo, impaciente, no por salir de la prisión, sino porque pasaran los días, los meses o los años que Mola presentía habían de ser trágicos, pero que también presentía habrían de ser purificadores, para salir de la prisión en donde el populacho le tenía aherrojado y volver a trabajar por España.»

Pero como contra él se desencadenaban las furias de los revolucionarios, haciéndole objeto de viles campañas, a los siete días de proclamarse la República empezó para Mola un verdadero calvario. Se le instruyó un proceso, del que al fin salió absuelto.

Cuando ocurrieron los sucesos del 10 de agosto de 1932, que tantas represalias desencadenaron, Mola fué separado del servicio, pasando a la segunda reserva. Amnistiado el año 1934, fué destinado al Estado Mayor, colaborando con los generales Goded y Franco en interesantes trabajos.

En agosto de 1935 fué destinado al mando de la Comandancia de Melilla, y en 5 de noviembre asumió el cargo de jefe superior de las fuerzas de Marruecos. Al triunfar el Frente Popular, en febrero de 1936, el general Mola fué relevado. Pasó a la Península, destinándosele al Gobierno Militar de Pamplona. En dicho puesto, al comprender que los sucesos de España imponían una acción enérgica para atajar el mal que amenazaba disolver las más puras esencias, coadyuvó al glorioso Alzamiento. En Navarra, pues, desarrolló sus actividades de cooperador en la recuperación de España, ayudado por la organización militar del Requeté.

MOLA PREPARA EL ALZAMIENTO

En la noche del 29 de mayo de 1936, el general Mola la pasó insomne, en su despacho de la Comandancia Militar de Pamplona, sin otra compañía que la de su fiel colaborador, el entonces coronel jefe de la media brigada de Montaña, el luego general laureado de San Fernando don Francisco García Escámez. Lo que se esperaba era que se sublevase la guarnición de Valencia, según un aviso recibido en Pamplona. Mayo había sido un mes crítico para la conspiración. Poco era lo preparado todavía y no estaba concretada la asistencia de los elementos civiles. Sin embargo, algunos impulsivos pretendieron lanzarse por su cuenta, comprometiendo el éxito del Alzamiento con su actitud. Entre los más exaltados figuraban algunos oficiales de la guarnición levantina. A propósito de estos incidentes, dice el ayudante de Mola, comandante Fernández Córdón: «Los enlaces de Valencia, que con gran frecuencia visitaron al general en Pamplona, le instaban siempre a producirse con tal rapidez

y premura, que aquél, en una ocasión, estuvo decidido ante tal insistencia a iniciar el Movimiento, si bien su buen juicio supo imponerse a nerviosidades poco meditadas, evitando una total y segura derrota, ya que nadie podía apreciar como él la ocasión oportuna para dar principio a nuestra Cruzada de liberación.»

Su buen juicio y el favor del cielo no le faltaron en este trance. Porque ahora no dependía de su voluntad, siempre equilibrada y clarividente, que el hecho irremediable se evitara. Consciente de que lo que se intentaba constituía una temeridad, hizo lo posible por disuadir a los impacientes.

Para que no se repitieran tales intentos, y a fin de imprimir unidad e intensidad, el general Franco propuso a Mola que asumiese la dirección de la conspiración en la Península. A este fin responden las hojas mecanográficas que envía a los cuarteles el general Mola. Eco inmediato y rotundo tuvo la primera circular en los cuartos de banderas y reuniones de oficiales. De distintos puntos de España empezaron a llegar a Pamplona delegados de las guarniciones, que se ofrecían enardecidos al misterioso director. Y jefes aislados del Ejército, acuciados por el patriotismo y desconectados hasta entonces de sus compañeros de Armas, se sintieron atraídos por esta voluntad fuerte, que hablaba en términos tan precisos y que con tal justeza señalaba a cada uno sus deberes. Uno de aquellos fué el general Queipo de Llano.

Mientras la red militar se extendía y cerraba su fuerte urdimbre, el hombre excepcional que la había tejido se afanaba en buscar ayudas civiles, pues concedía gran importancia a tal clase de apoyos. Sin ellos no se hubiese lanzado a desencadenar el Movimiento, que no había de ser una cuartelada, a estilo del siglo XIX, sino

una ola de fondo que, saliendo de lo más profundo de las entrañas nacionales, arrollase todos los obstáculos que encontrara.

En dos fuerzas políticas pensaba, aunque las llamase a todas y no desdeñara a ninguna: la Comunión Tradicionalista, cuya pujanza tenía ocasión de apreciar en Navarra, y en Falange Española, organización recién nacida, que enardecía los sanos entusiasmos juveniles. Las dos le parecían capaces de encuadrar y de galvanizar a los soldados que pudiesen titubear en algún momento.

«¡TODO ESTA A PUNTO!»

Entre otras de interés, por aquellos días se celebró también la esperada entrevista de Queipo de Llano y Mola en la fonda Otamendi, de Irurzun. Le acompañaban al primero su esposa, su ayudante y su amigo don Luis Fernández, agente de Aduanas de Irún. Y al segundo, García Escámez. Esta entrevista de Irurzun tiene un valor decisivo en el proceso del Levantamiento. Queipo se encargó de hablar a los generales don Miguel Cabanellas, jefe de la división militar de Zaragoza, y a La Cerda, que mandaba la de Burgos. Cabanellas dió su aquiescencia y acabó por entrar en relación con Mola. Como se ve, la conspiración militar dió en estos días un paso de gigante, y Mola pudo hacer la distribución de los generales comprometidos, señalando a cada uno las plazas y regiones en que debía actuar. La misión delicadísima del Alzamiento en Africa estaba confiada al general Franco.

A partir de estos días, en Madrid centralizaba todos los servicios de informes el teniente coronel de Estado Mayor don Valentín Galarza, quien recibía los pliegos de Franco y los hacía llegar a manos de Mola

y de Goded. También cuidó Mola con gran empeño de atraerse al Cuerpo General de la Armada, cerca de la cual lo representaba el contralmirante retirado don Luis Castro Arizcum.

En sus manos todos estos hilos, redacta el 20 de junio instrucciones para la Escuela, y el 24 otras para el Ejército de Marruecos. La cooperación del Arma aérea la ha tratado con el general Kindelán, con quien se ve por primera vez el 11 de junio. Y lo mismo sucede con las agrupaciones patrióticas de hombres civiles. Desde la cárcel de Alicante, José Antonio Primo de Rivera se ha puesto en comunicación con Mola. Su organización juvenil irradia la doctrina falangista a todas las capas sociales, que rápidamente se la asimilan, sin darse cuenta de la transformación que se opera en su seno. En los primeros días de julio, el capitán Sabas Navarro, por encargo de Mola, se entrevistó con enlaces de Primo de Rivera para que le transmitiesen determinados informes a José Antonio. Sabas Navarro continuó su viaje a Toledo, y al coronel Moscardó le comunicó el siguiente mensaje de Mola: «Todo se halla a punto. Esperamos mucho de la guarnición de Toledo.» Va y viene de Madrid a Pamplona el pasante de José Antonio, Rafael Garcerán, portador de mensajes, entre ellos el borrador del manifiesto que el fundador de Falange dirige al Ejército y que, una vez aprobado por Mola, circulará profusamente por todos los cuartos de banderas. Los carlistas navarros, a quienes el general ha pedido unos centenares de voluntarios para encuadrar a los soldados de reemplazo, le ofrecen siete mil inmediatamente, y muchos el pueblo en masa, pocos días después. Mola cree soñar. Mas ¿para qué hacer cálculos a base de diez días? Todo ha de resolverse en un plazo corto. Ya saben todos a qué atenerse

respecto a la importancia de la empresa y a la gravedad de sus obligaciones. ¡Que no espere el Gobierno del Frente Popular desmayos, palinodias ni capitulaciones! Se trata, sencillamente, de vencer o morir. Mientras reste un hálito de vida no habrá una mano que abandone el arma que el deber puso en ella.

PISTOLEROS CONTRA MOLA

En la mañana del mismo 16 de julio aún Mola tiene que desbaratar la postrera añagaza del Gobierno para eliminarle. La había urdido el general Batet, que le citó a las diez y media en el kilómetro número 3 de la carretera de Estella a Logroño. Al recibir este aviso, quedó perplejo. ¿Era una celada que se le tendía? Las cosas estaban demasiado adelantadas para que se intentasen soluciones pacíficas. Esto lo sabía bien el Gobierno y Batet, y no los creía tan cándidos para ensayarlas en aquellos momentos. La cita intempestiva, en un lugar solitario, podía encerrar un intento doloso. Lo mismo opinaban su jefe de Estado Mayor, el comandante Esparza, y su ayudante, Fernández Cordón, a quienes confió sus temores. Uno y otro deciden acompañarle, bien provistos de bombas de mano, para hacer frente a cualquier peligro. Y disponen que gente segura de Pamplona se sitúe en la carretera, en los alrededores del lugar de la cita.

Acaba la conferencia, y los generales se retiran cada uno por su lado. Mola regresa directamente a Pamplona, donde grandes quehaceres le esperan. Batet sigue a Estella, donde debe revistar el batallón y donde tiene invitado a almorzar al teniente coronel Cayuela.

¿De qué habían hablado los generales? Semanas después, Mola contaba a sus ínti-

mos lo tratado en esta conversación. Batet aconsejó a Mola que abandonase Navarra, dándole a entender con muy rodeadas frases que su vida peligraba, pues sin duda sabía que algo grave se maquinaba contra el general de Navarra. De Barcelona habían llegado pistoleros.

—¿Y dónde quiere usted que me vaya, a Cartagena? —le repuso Mola.

Cuando Batet le insinuó que el Gobierno conocía los pasos que daba y hasta lo que proyectaba, Mola le interrumpió:

—Ya sabe usted que el Ejército tiene el deber de salvar a la Patria cuando la vida de ésta peligra, ¿verdad?

Batet no contestó. Finalmente, al pretender de Mola una declaración de que no conspiraba ni intentaría alzarse contra el Gobierno, aquél repuso:

—Yo le doy a usted mi palabra de honor de que no me lanzo a una aventura.

«Y no le mentí —comentaba Mola al relatar este diálogo— porque lo que preparábamos nada tenía de aventura.»

MOLA RECHAZA LA CARTERA DE GUERRA

Todo está preparado. ¡Ha sonado la hora de la liberación de España! El Movimiento, aunque convenido para que comience en Africa el 17 a las 17, está subordinado a la llegada del general Franco a Tetuán, procedente de Canarias. En Pamplona se desconoce la posibilidad que tendrá para realizar su difícil viaje. Al fin, la noticia: ¡El Ejército de Marruecos acaba de alzarse!

Los que rodean a Mola, poseídos de un entusiasmo incontenible, le instan a que secunde el golpe inmediatamente; que se toque llamada en los cuarteles; que las tropas ocupen la ciudad... Pero el general,

dueño de sus nervios, impone serenidad a todos:

—Existe un plan al que hay que atenerse estrictamente. Pamplona no se levantará en armas hasta el 19 por la mañana, conforme se ha anunciado... Que los que tengan alguna misión asignada, la cumplan; que los demás se retiren a descansar... ¡Buenas noches, señores!

No se ha contraído un solo músculo de su rostro. Sus ojos conservan su habitual expresión, entre infantil y perspicaz. Su voz es pausada y firme.

El día 18 Pamplona inicia su vida cotidiana, con el ritmo sosegado y tranquilo de siempre, en la calle. Mola, encastillado en la Comandancia Militar, se siente invulnerable. Traza los últimos detalles para poder declarar el estado de guerra a las seis de la mañana del día siguiente, 19. ¡Ya sólo queda la noche! Y desde esta tarde del 18 los acontecimientos se precipitan para la progresión de los resortes de mando. Mola va al cuartel de la Guardia Civil y arenga a las fuerzas concentradas con su palabra seca y tajante. Fracasan todos los propósitos marxistas en Pamplona...

Mola, de nuevo en su despacho, trabaja febrilmente para aprovechar las pocas horas que le quedan, completando el plan trazado. Todas las llamadas telefónicas son contestadas por sus ayudantes. Pero hacia las dos de la madrugada una llamada desde Madrid, desde el mismo Palacio de Buenavista, obliga a García Escámez a romper la rigurosa consigna. Es el general Miaja, jefe de la Primera División Militar, que llamaba a Mola.

—Me han nombrado ministro de la Guerra, y quiero enviar a usted mi primer saludo—dice Miaja.

—¿Usted ministro?

—Sí, señor.

—Pues que sea enhorabuena.

—Gracias.

—¿Piensa usted fusilarme?

—Fusilarle, ¿por qué? Ya sabe que le cuento entre mis amigos.

Al poco rato llaman nuevamente al general desde el Ministerio de la Guerra. Es Miaja, que esta vez parece muy excitado:

—Me dice el comandante militar de Victoria que le ha ordenado usted declarar el estado de guerra. ¿Es cierto?

—Sí, señor.

—Pero ¿es que ha ocurrido algo?

—Nada.

—Pero si el general de la División no lo ha ordenado..., ¿por qué lo ordena usted?

—Porque yo soy el general de la División.

—¿Y Batet?

—El general Batet ya no significa nada. Soy yo quien asume el mando.

—Pero ¿no sabe usted que hace falta un decreto para esto?

—Eso, mi general, era antes.

—Entonces, ¿está usted sublevado?

—Sí, señor.

—¿Usted?

—Sí; yo con toda la División.

—¡Ya me lo podía haber dicho antes!

—Podía usted habérselo figurado.

Con un gesto brusco, Mola corta el diálogo, colgando el auricular.

Es fácil imaginarse en el Palacio de Buenavista a Miaja, sofocado hasta la congestión, explicar a Martínez Barrio y a Indalecio Prieto, al comandante Hernández Sarabia y quizá al mismo Azaña, el resultado catastrófico de su conversación con Pamplona. Y a Martínez Barrio, untuoso y melifluo, muy poseído de su papel de «hombre que lo arregla todo con palabras», iniciar una sonrisa desdeñosa que contrasta con el desaliento de los rostros lívidos y pálidos:

—Déjeme usted a mí, Miaja. Los polí-

ticos con experiencia sorteamos estos escollos mucho mejor que los militares...

Algo después, el hilo de la línea Madrid-Pamplona vuelve a vibrar. Mola tiene que dejar la taza de café que lleva en aquel momento a sus labios y acudir nuevamente al teléfono. Ahora es Martínez Barrio el que predica:

—Sí; el general tiene razón. Las cosas han llegado a un extremo intolerable. El se ha cansado de advertirlo. El toque de atención de los generales patriotas ha sonado a tiempo. Por fortuna lo ha oído quien debía oírlo y todo va a arreglarse. La prueba está en que él ha sido encargado de formar Gobierno para imponer el orden. Se propone recoger las justas reivindicaciones del Ejército. ¿Quiere Mola una prueba concluyente? Pues le ofrece la cartera de Guerra, que debe aceptar sin ningún género de excusas. Así, ya todos de acuerdo, no hay pretextos ni motivos para actitudes de violencia. Confía en que Mola le ayude a que la tranquilidad vuelva al Ejército y los soldados se reintegren a los cuarteles...

El comandante militar de Navarra oye, sin pestañear, la larga homilía. Muy sereno y seguro de sí, responde el general al político:

—Siento mucho no poder complacerle. Lo que España necesita no es lo que usted puede dar. Sólo el Ejército es capaz de hacerlo.

—Van ustedes a desencadenar la guerra civil—arguye Martínez Barrio.

—¿Acaso no la han desencadenado ustedes?

—El proletariado se echará a la calle.

—Está bien—acaba Mola.

Y con esto se cortó definitivamente la comunicación telefónica entre la capital de Navarra y Madrid.

Ya en aquellas horas, docenas de auto-

móviles rápidos baten las carreteras de Navarra en todas direcciones. Van en ellos unos hombres insensibles al cansancio y al sueño, en cuyos ojos hay luces de fiebre. Se paran en los pueblos y aporrean las puertas de algunas casas. A las gentes desveladas que salen a recibirlos preguntan:

—¿Está todo dispuesto?

—Sin dormir nadie, esperando la orden.

—Pues nosotros la traemos. ¡Al amanecer, a Pamplona!

¡A MADRID!

¡Amanecer del 19 de julio en Pamplona! ¡Día glorioso de la recuperación de España! Redobles de tambor, clarinazos vibrantes, soldados, requetés... El bando que proclama el estado de guerra... ¡Fusiles!..., ¡fusiles!...

El vecindario, desvelado, ha salido a la calle y muy pronto forma una compacta, densa y gesticulante masa humana que envuelve a los soldados y que grita hasta enronquecer: «¡Viva Mola! ¡Viva el Ejército! ¡Viva España!»

En todos los pueblos de la provincia se da a la misma hora el mismo conmovedor espectáculo. Se ha predicado la Cruzada. ¡Todos los hombres válidos han emprendido la marcha! Una riada humana inunda a Pamplona. Mola, que está en pie desde primera hora, saluda desde el balcón al pueblo, que le aclama con fervido entusiasmo.

Fortificado por la adhesión popular, el general se considera con las manos libres para poder emplear las fuerzas militares vasconavarras en la dirección que más convenga. En estas primeras horas de la mañana del 19, un objetivo atrae por derecho propio su atención: Madrid. De Navarra saldrá, pues, una columna, que con

las de Burgos, Valladolid, Zaragoza y Valencia, contribuya a la reconquista de la capital, que ya se considera perdida para la Causa. García Escámez, que debe mandar las fuerzas navarras, se ocupa en organizarla.

A las diez de la mañana, el general se encamina a pie a Radio Navarra, desde cuyo micrófono quiere dirigir una alocución a la provincia. Le acompañan García Escámez, Utrilla, Rada, Solchaga y otros jefes de la guarnición y personalidades civiles, entre las que figura la mayoría de los representantes en Cortes por Navarra. En medio de ovaciones ensordecedoras, Mola cruza las calles. Quiere transmitir su optimismo, su seguridad en la victoria, por medio de la radio. Su alocución es conmovedora y expresa la emoción que le ha producido el imponderable espectáculo de Navarra, que ha superado a cuanto se imaginó, aun cuando siempre esperó mucho de esta privilegiada tierra. «Se cumplirán —anunció— los destinos de España, que volverá a ser la nación grande y gloriosa, una vez puesto fin al desgobierno y a la anarquía que la envilecen.» La férvida manifestación patriótica de vítores y aplausos se renueva cuando el general se dirige desde la emisora a la plaza del Castillo a revistar a los requetés navarros allí congregados. Ya a primera hora los habían arengado, desde los balcones de la Diputación, Rada y Utrilla. Ahora Mola los ve desfilar marcialmente con un aplomo de veteranos y no puede contener el asombro y la emoción que este entrenamiento militar le causa. Las lágrimas asoman a sus ojos en presencia de aquel espectáculo increíble.

—¡Qué magnífica tropa! —le dice a Utrilla—. Pero son muchos, más de los que pedí...

—Sí, mi general: son unos cuatro mil, pero mañana habrá ya el doble.

—¿Y cómo vamos a sostenerlos?

—Dios, que los ha traído, proveerá.

El rostro enérgico del general rebosa contento:

—¡Bien, bien! ¡Pero hay que avisar por radio que por ahora no salgan más de los pueblos!

Ahora el general monta en un coche, en unión de García Escámez. Una hilera de ciento cincuenta camiones y coches ligeros espera en la explanada, junto al cuartel de Ingenieros, a que soldados, requetés y falangistas vayan ocupándolos. El embarque se hace alegremente, entre coplas y vítores. Los amigos y familiares despiden a los expedicionarios como si partiesen a una fiesta.

—¡A Madrid, a Madrid!...

La presencia de Mola redobra el entusiasmo, y los aplausos retumban como truenos. García Escámez da la orden de partida. Los relojes marcan las siete.

La guerra se hace una terrible realidad en aquel momento de la despedida. ¡Ya se van! El último abrazo. El último beso. El postrer adiós. Y luego, unos pañuelos que flotan en el aire. Unos gritos que se desvanecen en la algarabía unánime. Unos ojos que se resisten a llorar, pero que, al fin, lloran...

—¡A Madrid, a Madrid!

Navarra proyecta hacia el centro de España esta corriente efusiva, generosa, cordial, su propia vida, para sanar y redimir a la Patria, enferma y agonizante.

LABOR DE MOLA

Y ya, la guerra. La columna de García Escámez avanza victoriosa. Mola emprende una labor enorme, de titán. Va a Estella, a Logroño... Zaragoza le recibe con delirante entusiasmo. En Burgos se hace cargo

de la Jefatura de la VI División Militar. Se entrega a una íntegra labor política, para imponer un nuevo sistema arterial a la vida de la nación, en la retaguardia, productora y proveedora, y en la vida ardiente de los frentes de combate, devoradores insaciables de recursos. Crea la Junta de Defensa Nacional del Gobierno provisional, la llamada Junta de Burgos. Por uno de los primeros decretos de esta Junta se nombra al general Franco jefe de los Ejércitos de Marruecos y Sur de España, y al general Mola, de los del Norte.

Mola, sin embargo, tiene que continuar en Burgos, en su despacho, puente de mando, atalaya y corazón de la resistencia norteña. Esclavo de su deber a todas las horas del día y de la noche, despertado con sobresalto muchas madrugadas, siempre persuadido de que la próxima noticia será peor que la anterior. Y hasta hundién-dose, a veces, su espíritu en los naturales fosos que abren la fatiga y las desventuras; elevándose otras con titánicos esfuerzos de voluntad. Pero Mola desafía el temporal, y avanza para poder decir un día: «Vale la pena de sufrir lo que sufrimos.» Y los que acuden cerca del jefe, ansiosos de saber cómo piensa y para contagiarse de su fe, le escuchan palabras como éstas:

—La guerra ha de terminar con nuestro triunfo y con el aplastamiento absoluto y total de los enemigos de España. Una guerra es la lucha entre dos voluntades, y el que pierde la voluntad pierde la guerra. Fatalmente, es batalla perdida la que se juzga perdida de antemano. Esta guerra la ganamos de seguro, porque están Dios y España de nuestra parte.

TRISTE SINO

Pero Mola, que veía cómo día a día el glorioso Alzamiento iba cuajando en la

victoria definitiva, no había de asistir al amanecer de aquella España a la que entregaba lo mejor de su vida, ¡su vida misma! Aquella fatalidad que nos arrebató a Sanjurjo, que de la mano de los verdugos del Gobierno republicanomarxista aniquiló al protomártir Calvo Sotelo, también hizo presa en Mola en un accidente de aviación.

En una de sus visitas al frente de Vizcaya, cuando todavía no se había iniciado la gran ofensiva final, cuyo final tan próximo, no pudo ver, llegó el general Mola a Vitoria en un viejo avión.

De entre el grupo que le aguardaba surgió un capitán que, cuadrándose ante él, le reconvino respetuosamente:

—Mi general: permítame que le advierta que no tiene usted derecho a viajar en un aparato como ése.

Sonrió Mola, y repuso:

—No había otro, de momento. Tenía que venir.

Pero la advertencia estaba hecha. ¿In-necesaria? Bien. Pero es que ¡hacía tanta falta Mola! Con toda su fama de hombre adusto, con toda su aparente aridez, se había ganado, además, el corazón de las gentes. Nadie olvidaba que se le debía en gran parte el hecho de que el Levantamiento Nacional del 17 de julio prevale-ciese sobre aquellas deprimentes vicisitudes que se produjeron los primeros días. Mientras nuestro Generalísimo resolvía la ardua gravedad de aquellas jornadas de prueba y Queipo de Llano mantenía en el Sur el espíritu de la rebelión, engañándonos un poco a todos con sus animosas palabras y ofreciéndonos el ejemplo de su valentía y de su serenidad, de su patriotismo, Mola tomaba el camino de Madrid y ganaba la Sierra, poniéndose al frente de aquellos millares de requetés navarros que inundaron con la borrachera de color de sus boinas rojas las tierras del Norte; dirigen-

do el heroísmo de aquellos miles de falan-
gistas que en Valladolid, como en Galicia,
pedían primeros puestos en el sacrificio
por España; encauzando la abnegada soli-
citud de las fuerzas militares, dispuestas
como siempre a todos los heroísmos.

Porque se sabía lo que Mola hizo y por-
que se apreciaba en todo su valor lo que
de él cabía esperar aún, su vida pertene-
cía un poco a todos los españoles.

Así, cuando iba o venía del frente en su
coche, con el marcador a 95 y 100, a todos
daban ganas de reñirle un poco. Todavía
un día antes de la catástrofe, el presidente
de la Diputación de Alava, don Eustaquio
de Echave Sustaeta, a quien el general
distinguía con su afecto, le decía:

—Cuidese en sus viajes, mig eneral.
España le necesita por mucho tiempo.

Mola atajó rápido:

—Pierdan cuidado, me cuido, y aun-
que me pasara cualquier cosa, no crean
ustedes que padecerían en nada las ope-
raciones sobre Vizcaya. Esto está ya re-
suelto. Mis colaboradores lo conocen tan
bien como yo; lo desarrollarían solos, como
si yo estuviera.

Así fué. Pero en ese desprecio del riesgo
se formó Mola, cuyo espíritu siguió flo-
tando sobre las tropas nacionales que se
aprestaban a ganar Bilbao para España.

ASI FUE LA TRAGEDIA

Cerca de Castil de Peones, pueblo burga-
lés enclavado a corta distancia del puerto
de la Brújula, que se alza a una veintena
de kilómetros de Burgos, y en la carretera
general de Irún, está el pequeño pueble-
cito de Alcoceros, Alcoceros de Mola, como
después de la llorada catástrofe ha venido
a denominarse.

Un labriego de aquel pueblecillo fué
quien dió aviso de lo ocurrido. En sus

faenas de campo se hallaba cuando vió
venirse hacia él, volando muy bajo y con
gran ruido de motores, un avión que dió
vuelta y media sobre el cerro más alto de
Alcoceros, y luego fué a caer, con estré-
pito, a media ladera del mismo. El labriego
corrió a avisar al alcalde y a la Guardia
civil de Castil, desde cuyo punto, al mismo
tiempo que salían varios hombres hacia el
lugar del siniestro, se comunicó a Burgos
«que había caído en el término municipal
de Alcoceros una vión, y que salían en su
socorro, dando por seguro que tenía que
haber víctimas por la forma del siniestro,
acaecido a media mañana.

En Burgos, casi al mismo tiempo, se
recibía aviso telegráfico del aeródromo de
Vitoria preguntando «si habían visto pasar
o había aterrizado en el aeropuerto de
Gamonal el trimotor que conducía al ge-
neral jefe del Ejército del Norte, que no
había llegado a su destino de Valladolid
a pesar de haber transcurrido más del
doble número de horas del que se requie-
ren para un tal recorrido aéreo».

El general López Pinto, comandante ge-
neral de Burgos, acompañado de su jefe
de Estado Mayor, coronel Aizpuru; de un
ayudante y un médico, y seguido de una
ambulancia sanitaria, se dirigió apresura-
damente a Castil.

Larga y penosa fué la pesquisa por aque-
llos cerros. Todos llevaban en el alma la
congoja de que pudiesen resultar ciertos
los tristes presagios, según los cuales era
fatal que el aparato que el labriego había
visto estrellarse contra el suelo fuese el
mismo que, habiendo salido de Vitoria en
aquella mala mañana de nubes bajas y
fuerte vendaval, no había podido llegar a
su destino de Valladolid, adonde el general
Mola se dirigía para despachar asuntos de
trámite de la organización y servicios de
su Ejército.

Un cadáver se encontró, al fin, imposible de identificar por los destrozos de su cara, cuerpo y ropas, aunque éstas pertenecían indudablemente a un piloto de nuestra Aviación militar. Cerca, restos de otro cuerpo —una mano cercenada—; más allá, trozos de piel, desgarrones, hilachos más bien, de una faja azul de Estado Mayor. Luego, en fin, el torso, los brazos, las piernas, destrozadísimas, y la cabeza horriblemente mutilada de alguien que no podía ser más que el general Mola, por las dimensiones de los largos miembros y porque, en fin, en una de las bocamangas se veía, incólume, el emblema propio del generalato.

Más abajo, los restos de los otros dos acompañantes de Mola. Cinco eran los tripulantes del aparato, y cinco los cuerpos aparecieron tremendamente mutilados.

El dolor los inmovilizó a todos. La desgracia que acababa de caer sobre el corazón de España los tuvo largo tiempo anonadados. Alguien, al fin, pudo hablar para decir: «¡Dios mío, Dios mío! ¿Quién le dice esto a Franco?...»

Ningún dolor mayor sufrió en la guerra el Generalísimo. Pero supo sobreponerse, sereno, a su aflicción. «España ha perdido a su mejor hijo; yo, al más leal e inteligente compañero y amigo. Descanse en paz de Dios y... ¡adelante! ¡Arriba España!»

INDICE

	<u>Páginas</u>
Nace un español	3
El Teniente Mola en las fuerzas regulares indigenas	3
Los combates de Tetuán	4
Mola, Teniente Coronel	4
Mola, al frente de los Regulares de Larache.	5
La campaña de Alhucemas	6
Mola, General	6
Mola, Director general de Seguridad	6
Mola recibe la orden	7
Realidad del comunismo	8
Cómo era el partido comunista español ...	10
Accion anticomunista de Mola	11
Mal funcionamiento del Servicio Secreto ...	14
Campaña contra Mola	16
Mola ve claro	18
Mola, en prisión	19
Mola prepara el Alzamiento	20
«Todo está pinto»	21
Pistoleros contra Mola	22
Mola rechaza la cartera de Guerra	22
¡A Madrid!	24
Labor de Mola	25
Triste sino	26
Así fué la tragedia	27

INDICE

	<u>Páginas</u>
Nace un español	3
El Teniente Mola en las fuerzas regulares indigenas	3
Los combates de Tetuán	4
Mola, Teniente Coronel	4
Mola, al frente de los Regulares de Larache.	5
La campaña de Alhucemas	6
Mola, General	6
Mola, Director general de Seguridad	6
Mola recibe la orden	7
Realidad del comunismo	8
Cómo era el partido comunista español ...	10
Accion anticomunista de Mola	11
Mal funcionamiento del Servicio Secreto ...	14
Campaña contra Mola	16
Mola ve claro	18
Mola, en prisión	19
Mola prepara el Alzamiento	20
«Todo está pinto»	21
Pistoleros contra Mola	22
Mola rechaza la cartera de Guerra	22
¡A Madrid!	24
Labor de Mola	25
Triste sino	26
Así fué la tragedia	27